

EL OBISPO DE GETAFE

CARTA PASTORAL A LOS JOVENES

con ocasión del II Encuentro Diocesano de Jóvenes

Queridos jóvenes de la Diócesis de Getafe:

1. Nuestro ENCUENTRO DIOCESANO DE JOVENES me alegra porque expresa la fe que compartimos y es un gran testimonio de la unidad de la Iglesia, germen de un mundo nuevo de hermanos que vosotros deseáis. También me obliga felizmente, como pastor vuestro, a animaros a profundizar en ellas. Quisiera que se cumpliesen en vosotros las palabras del apóstol: "Os he escrito, a vosotros jóvenes, porque sois fuertes, y la Palabra de Dios permanece en vosotros y habéis vencido al Maligno" (1Jn 2, 14).

Estamos viviendo en uno de los momentos más privilegiados de la historia de la Iglesia de los últimos tiempos. Dios ha preparado este momento granado de frutos, floreciente en proyectos y excepcional de carismas. Ya vosotros, precisamente, os ha tocado vivirlo. Dios lo quiere. Puede decirse que espera concretamente de vosotros una actuación muy importante, decisiva para vosotros mismos y para el mundo. Su providencia cuidadosa desea entregaros al mundo como un regalo de amor para nuestros contemporáneos.

JOVENES EN UN TIEMPO DE GRACIA ABUNDANTE

2. *Nuestra época está marcada por el concilio Vaticano II.* Su necesaria renovación, actualización, vitalidad, y criterios pastorales nuevos han supuesto un gran cambio que hoy acogéis después de vacilaciones, grandes esfuerzos de conversión y multitud de experiencias, cuyos frutos se nos presentan muy clarificados. Este "post-concilio" es el verdadero momento del auge del crecimiento. Aceptamos ciertamente una Iglesia que es Misterio de Comunión para la Misión, con un laicado renovado y seguro de su vocación y de su protagonismo corresponsable, una liturgia expresiva y cercana, el diálogo con el mundo y con todos los hombres -de quienes tendremos siempre mucho que aprender- ya los que hay que llevar la novedad de Cristo y la conversión a la fe. Vivimos una sensibilidad por los pobres y necesitados que transparenta el desconsuelo de Dios misericordioso por el hombre, siempre menesteroso, y nos obliga más que nunca a volcarnos con los que sufren por cualquier causa.

Tenemos, pues, que vivir necesariamente la gracia del concilio y toda su doctrina. Os pido este esfuerzo rejuvenecedor que, sin duda, sabrá rechazar las formas anticuadas de inhibición, clericalismo, división, secularización, pérdida de identidad cristiana, y superar viejas dicotomías entre la fe y la vida, acción y contemplación. Es necesario leer los documentos del Concilio. Son un verdadero tesoro aún sin descubrir para muchos de vosotros, fuente de espiritualidad sin evasiones y un verdadero programa de actuación en el mundo, según nos orienta la constitución *Gaudium et Spes*, que os invito de nuevo a leer uniéndome a la reiterada petición de S.S. el Papa.

3. *Estamos a punto de entrar -en el III milenio.* Es el gran momento para una celebración jubilosa de la venida del Hijo de Dios al mundo, y la Iglesia entera quiere vivirlo como una gracia de *renovación de la fe, una llamada a la evangelización, y una transformación del mundo.* El Evangelio que es Cristo, el mismo ayer, hoy y siempre, "el que es, el que era y

el que ha de venir" (Ap. 1,8), la Buena Noticia de la Salvación, debe renovar los ambientes humanos, porque es germen de una nueva tierra.

Vuestra ilusión y dinamismo debe asociarse ya a un plan universal comenzado para vivir este impulso, profundizando en todas las comunidades católicas del mundo en nuestra vida de hijos de Dios Padre, en Cristo, por el Espíritu Santo. Tenemos señaladas unas metas ambiciosas, aunque sencillas, que os invito a asumir. Debemos también orar confiada- mente por la unión de todos los cristianos, pidiéndole a Dios el milagro de ver una única Iglesia que sea fermento en el mundo y un signo patente de su presencia.

Os propongo, por tanto, una verdadera movilización para que seamos una iglesia de vanguardia, que pone su mirada en Cristo y le sigue con auténtico entusiasmo para ofrecérselo al mundo.

4. Los encuentros internacionales de la Juventud con el Papa.

Nuestro encuentro diocesano de jóvenes coincide hoy con las jornadas diocesanas que se celebran. según es ya costumbre. en toda la Iglesia como preparativo de las jornadas mundiales. en las que ya habéis participado muchos de vosotros. por ejemplo. Santiago, Tchestojowa, y el verano pasado en Loreto. Están marcando decisivamente un rejuvenecimiento pastoral de la Iglesia que no se puede negar. Son una muestra de cordialidad cristiana compartida, de apertura a la universalidad de la Iglesia y del mundo. Pero, sobre todo, son signo de la confianza que la Iglesia pone en vosotros para cumplir su misión de evangelizar, que se ve correspondida con vuestro afecto y disponibilidad.

Estos encuentros han sido ya grandes hitos de renovación, un flujo de generosidad y entusiasmo cuyos frutos no se han hecho esperar en todo el mundo. La experiencia de los que habéis participado recientemente en Loreto confirma esta observación con el dinamismo rejuvenecido de la fe que impulsa vuestro compromiso actual. No podemos estar ausentes del fenómeno juvenil cristiano más característico de nuestra época y sus consecuencias renovadoras. sino guiar con él nuestra conversión y misión en el mundo.

Ahora nuestra mirada está puesta en el próximo encuentro. en París, en el verano de 1997, en el que espero vuestra participación. que debe empezar a prepararse desde ahora y que beneficiará inmediatamente vuestra fe y el vigor de vuestras comunidades. Os hará más sensibles y solidarios con todos los jóvenes del mundo, con sus problemas y sus iglesias, más abiertos y universales. También más convertidos para peregrinar hacia Dios por los caminos del mundo. Reflexionad y medita el mensaje que el Papa os envía y que también yo os entrego hoy.

UNA RESPUESTA DE AMOR

5. El lema de esta jornada "JOVENES EN LA IGLESIA, CRISTIANOS EN EL MUNDO" condensa la respuesta de amor que Cristo espera hoy de vosotros. No podemos echar en saco roto tanta gracia de Dios (cf. 2 Cor 6,1).

Ser "*Jóvenes en la Iglesia*" no es sólo una constatación de lo que ya sois, sino también una meta. "*Ser joven*" es vivir una edad de la vida. En sí mismo no es un valor mas que si se viven las condiciones que convierten la juventud y la caracterizan como símbolo de una vida deseable por su fuerza, su entusiasmo, su grandeza de ideales, su disponibilidad para el servicio, su generosidad y valentía. De no ser así, se puede vivir perpetuamente esa atrofia de valores que nos hace viejos, por no decir moribundos o privados de vida - como lo demuestran desdichadamente tantos jóvenes de hoy-. En la vida cristiana la juventud se caracteriza por el vigor de una fe joven, esto es, la que rechaza claramente el

pecado y actúa con el dinamismo de la fe viva, con auténtica santidad. Es la que intenta vivir las virtudes cristianas que nos hacen parecidos al Señor y ejemplares para los demás, comprometidos hasta poner en juego la propia vida. Es la que sabe entregarse huyendo de toda mediocridad, egoísmo, pasotismo e inhibición. Es la que mira sin miedo la Verdad, aunque esto exija, sencilla y llanamente, una profunda conversión. Os pido con todo empeño ese cambio de mentalidad y de vida, el único que nos garantiza ser verdaderamente útiles y eficaces, y que nos otorga, al mismo tiempo, esa actualidad que no pasa y la oportunidad para responder a los retos presentes.

Estar *"en la Iglesia"* no sólo quiere decir pertenecer a una la comunidad, sino principalmente vivir integrado en ella, formar parte activa y responsable del Pueblo de Dios, ser conscientemente Cuerpo de Cristo, discípulo del Señor. En la Iglesia está quien vive enteramente su fe porque participa en sus sacramentos, que son fuente de vida; quien ama también la institución -porque es querida por Cristo y le hace presente encarnado hoy- con todas las personas que la forman; quien fomenta en ella la vida del hogar para quienes están dentro y es acogedor de todos, abierto a los que pueden entrar y preocupado de atraerlos. En ella tenéis que asumir como propias sus tareas y servicios, y gastar vuestro tiempo ejercitando la caridad, participando en la catequesis y en la liturgia, y colaborar fielmente en los diversos organismos de participación y responsabilidad.

6. *"Cristianos en el mundo"* hace referencia a nuestra misión, que está en llevar al mundo la vida nueva de Cristo, sus criterios y su amor. Es urgente entender que hemos sido llamados a la fe para dar al mundo la Redención de Cristo y que estamos siendo enviados -como El por el Padre- para dar la vida, para que todo el mundo crea y llegue al conocimiento de la Verdad, y tenga así Vida Eterna. Somos apóstoles, embajadores del Señor, sembradores de la Verdad, Misericordia y Vida, evangelizadores. Llevad, por tanto, a todos la civilización del amor y sed profetas de la vida para cambiar el rumbo de nuestra historia que ahoga y envilece a tantos hombres y mujeres amados por Dios. Eso quiere decir que hemos de empeñarnos en cambiar los ambientes malos, en no consentir la civilización de la muerte, del abuso, esclavitud y manipulación, y no dejarnos engañar por apariencias de libertad que acaban siempre en insolidaridad e injusticia. Ser constructores de la paz y hacer un mundo nuevo de hermanos exige tomar decisiones valientes para vencer el mal a fuerza del bien. Tenéis que ser testigos de Cristo en medio del mundo, testigos de la verdadera felicidad y guías para los que viven sin esperanza en cada uno de nuestros lugares de trabajo, dentro de la propia familia y en las diversiones, sin ambigüedades ni transigencias que nos hacen cómplices con el mal, y rechazar cualquier antitestimonio.

A los jóvenes os confía Cristo particularmente la conversión de los ambientes juveniles de estudio y de trabajo, de diversión y de familia; su transformación, y la recuperación de las personas frecuentemente atrapadas y enredadas por su propia inercia, aburrimiento o falta de otras alternativas mejores. Sois ya el verdadero presente de la Iglesia y de la sociedad, y no sólo su futuro. Por eso tenéis un cometido inaplazable y una labor que sólo vosotros podéis hacer, y que nadie hará si no sois vosotros. Para esto hace falta poner en juego la imaginación y buscar alternativas -en estrecha colaboración con vuestros sacerdotes y educadores-, sobre todo para ofrecer lugares y ambientes positivos, con los alicientes de las actividades constructivas de ocio personalizador y de intereses caritativos y sociales. Allí donde se sientan queridos, amigos, valorados por lo que son, capaces de una vida llena y constructiva que les sacie e impulsados al bien común, en lugar del hastío de una existencia que deja sólo el vacío y la negación de uno mismo, allí encontrarán con

vosotros a Cristo, esperanza del hombre, que le libra del vértigo y de la muerte, ya la Iglesia, un verdadero hogar y primicia de ese anhelado mundo nuevo.

7. Sabéis bien las **condiciones** para poder dar esta respuesta:

- * Tener una *identidad cristiana* y una definición personal fuera de duda.
- * Ser personas *orantes*, que celebran su fe participando intensamente de la liturgia, sobre todo la Misa dominical, y que hacen de la Palabra de Dios su guía y alimento continuo.
- * Adquirir *una formación catequética* sólida para dar una razón de nuestra fe, participando en los catecumenados y con la ayuda del Catecismo de la Iglesia Católica.
- * Sentirse miembro pleno de la *comunidad* de la Iglesia, con verdadero *afecto* a la institución ya sus pastores, puestos en medio de vosotros por el Señor para guiar a su pueblo santo, representados en cada parroquia y comunidad por los sacerdotes, sus más estrechos colaboradores, y muy especialmente al Vicario de Cristo que, con su palabra autorizada y su ministerio de unidad, nos orienta y defiende, aún siendo signo de contradicción en medio del mundo. Amar a la Iglesia particular, nuestra joven Diócesis de Getafe, imagen de la Iglesia universal, por la que formamos parte de la Iglesia Católica, una y única.
- * Vivir *insertos* en una comunidad, participar en su convivencia fraterna y en sus trabajos, en sus consejos y estructuras, pero siempre abiertos a la universalidad.
- * *Buscar la perfección cristiana* profundizando constantemente en la voluntad de Dios. Hay que valorar, por tanto, positivamente la ayuda imprescindible de la gracia de Dios y acogerla a través de los sacramentos, y, muy especialmente, ser confortados por el perdón de Dios y la Eucaristía.
- * Cuidar el *discernimiento de la voluntad del Señor* sobre la propia vocación para llegar a entregar la vida en el servicio a la Iglesia y al mundo que Dios disponga, en función de las capacidades personales que El da a cada uno, de los carismas particulares y de lo que es necesario.

8. Queridos amigos: el inmenso número de jóvenes que pueblan nuestra diócesis está esperando de vosotros la respuesta definitiva que llene de plenitud de sentido sus vidas. Vosotros, tantos y tantos confirmados ya para ser testigos de Cristo, tantos otros que estáis iniciándoos en su amistad, y todos los que sois sensibles a los males del mundo y al dolor y vacío de las personas, ¡andad juntos el camino de la caridad! ¡vivid el mandamiento del amor, esa nueva frontera del testimonio cristiano! Así seremos, todos juntos, la luz que les muestre el camino, como aquella verdadera respuesta: "Señor, ¿a quién iremos? Tu tienes palabras de vida eterna" (Jn 6, 68).

Os encomiendo al cuidado maternal de la Virgen María llena de gracia y modelo de la juventud que no pasa.

+Francisco-José, Obispo de Getafe

Getafe, 25 de marzo de 1996, Solemnidad de la Anunciación del Señor.